

# **PROBLEMÁTICAS DE LA ARTICULACIÓN DEL DISCURSO EN ERNESTO LACLAU Y CHANTAL MOUFFE: AMENAZAS Y DESAFÍOS**

Problems of Discourse Articulation in Ernesto Laclau and Chantal Mouffe:  
Threats and Challenges

**Cristian Ruiz Martínez**

Universitat de Barcelona  
cristelo191@gmail.com

## **Resumen:**

En el presente artículo me dispongo a analizar, aprovechando el devenir de los acontecimientos políticos de los últimos años, qué problemáticas y contradicciones hacen frente los postulados teóricos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe a través de su teoría de hegemonía del discurso como propuesta para articular nuevas fórmulas que puedan dar lugar a una repolitización de la democracia. Además, en los últimos años, el populismo ha cobrado protagonismo a través del triunfo y auge de fuerzas políticas de diversa índole ideológica que muestran una nueva concepción de la política, las cuales han sido potenciadas a través del influyente papel de los medios de comunicación, así como de las redes sociales que, sin duda, están siendo los principales protagonistas.

## **Palabras clave:**

Laclau, Mouffe, repolitización, discurso, populismo

## **Abstract:**

In the present article I intend to analyze, taking advantage of the evolution of political events of recent years, which issues and contradictions face the theoretical postulates of Ernesto Laclau and Chantal Mouffe through his theory of discourse hegemony as a proposal to articulate new formulas that may lead to a re-politicization of democracy. In addition, in recent years, populism has gained prominence through the triumph and rise of political forces of various ideological nature that show a new conception of politics, which has been enhanced through the influential role of the media, as well as the social networks that, undoubtedly, have been the main protagonists.

## **Keywords:**

Laclau, Mouffe, Re-politicization, Discourse, Populism

Recibido: 14/10/2019

Aceptado: 11/12/2019

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde el año 2014, hemos sido testigos de cómo la crisis de 2008 ha suscitado una profunda transformación del panorama político en prácticamente todo el mundo occidental. Esta transformación se ha visto materializada en contextos diversos a través del paso de un paradigma bipartidista –generalmente una alternancia de partidos socialdemócratas y conservadores- a un modelo donde han cobrado protagonismo numerosos partidos políticos cuyos ejes programáticos comparten una misma causa: dar respuesta a aquellas demandas sociales que los partidos políticos tradicionales, insertos dentro en un mismo panorama discursivo neoliberal, han sido incapaces. Chantal Mouffe advierte en varias de sus obras<sup>1</sup> del peligro que podría suscitar la falta de alternativas discursivas en el seno de la democracia liberal. Los partidos políticos fundamentalistas o de extrema derecha pretenden dar salida a tales malestares mediante propuestas políticas de carácter racista, xenófobo e incluso patriarcales que comprometen seriamente la calidad democrática y el respeto a los Derechos Humanos, a través de discursos que cuestionan los efectos de la globalización. Por ello, tanto para Mouffe como para Laclau, es esencial la redefinición del concepto de democracia hacia uno intrínsecamente agonístico definido de acuerdo a las diferentes demandas sociales de cada contexto, muchas veces al margen del discurso hegemónico. Sin embargo, como hemos podido observar a lo largo de los años, esta propuesta no es en absoluto fácil de llevar a cabo. La teoría de la hegemonía del discurso impulsada por Laclau y Mouffe a mediados de los 80, nos ha proporcionado el beneficio de observar su aplicabilidad a lo largo de los últimos treinta años en diferentes formas y latitudes. Si bien Laclau logró apropiarse del populismo para dotarle de un significado concreto en el ámbito de la teoría política, hoy dicho concepto es protagonista de la actualidad política y social. Por ello, en este texto procederé a analizar, gracias a la experiencia histórica reciente, con qué amenazas y desafíos cuenta la propuesta de articulación discursiva Laclau y Mouffe.

## 2. CONCEPTUALIZACIÓN PREVIA

### 2.1. LO POLÍTICO

Plantear la repolitización del discurso implica, en primer lugar, preguntarse qué significa repolitizar, y en segundo lugar, qué se entiende por discurso. Tengamos en cuenta que la adaptación que Mouffe realiza del concepto schmittiano de lo político despliega dos significados:

- Por una parte, lo político entendido como la capacidad de acción más allá de lo previsto a través de la norma, la institución o el consenso establecidos, cuyo sentido se identifica con la dicotomía entre *política versus policía* que Rancière interpreta como *desacuerdo* (Rancière, 1996: 12). Bajo la influencia del psicoanálisis de Freud y Lacan, Laclau y Mouffe destacan el papel central

---

<sup>1</sup> *El Retorno de lo Político* o *La Paradoja Democrática* son algunas de sus obras más destacadas donde plantean esta cuestión.

que juegan las emociones en la construcción de identidades políticas, de modo que éstas nunca podrán ser transmitidas de forma puramente racional y transparente. Como resultado, lo político, en tanto que es inescindible de la naturaleza humana, forma parte de la vida democrática. Es precisamente la aspiración de cerrar o evitar cualquier posibilidad al disenso –la búsqueda de la sociedad *suturada*–, lo que genera una potencial amenaza para su implosión.

- Por otra parte, lo político como relación antagonica, de acuerdo con la lógica amigo-enemigo, de contraposición de perspectivas. Éstas generan la identidad de un sujeto como reverso de su contrario, similar al exterior constitutivo derridiano. Extrapolando esta concepción antinómica al contexto democrático, Laclau y Mouffe matizan que se trataría de reconocer y asimilar no tanto una dialéctica entre amigos y enemigos –que también existen–, sino de adversarios que se reconocen dentro de un mismo marco, en este caso, el democrático-institucional (Laclau, Mouffe, 2001: 132). No obstante no debemos desdeñar el papel de la lógica amigo-enemigo. Como indica Mouffe, la figura del enemigo juega un papel importante en esta lógica confrontacional, ya que se erige como amenaza para la destrucción de ese marco constituido y que, por tanto, refuerza el nivel de compromiso de los actores que participan del marco democrático-institucional en su relación como adversarios. (1999: 7).

La repolitización entonces reivindicaría una vuelta a lo político. Ello supone pues que ha debido existir un estado previo de ausencia de lo político, o en terminología de Schmitt, una era de la neutralización. Esta neutralización –que él la situaba a un nivel interpretativo del significado liberal del Estado–, es entendida como el fin de un posicionamiento activo del Estado mismo, el cual estaba revestido de unos principios ideológicos que definían su identidad y razón de ser, erigiéndose como representante simbólico de unos valores predeterminados. Así pues, la identidad del Estado se ve desafiada no solo por quienes se sitúan en contra del Estado *per se*, sino también por quienes atentan contra la identidad que lo presenta como símbolo –en la concepción de Schmitt, no como una representación entendida en términos estrictamente jurídicos de delegación de capacidades, sino como representación simbólica, de encarnación de un ideal (Estévez, 1989: 213-216)–.

Como contraparte, para Laclau y Mouffe, la despolitización existe en la medida en que se despliegan elementos de desactivación de cualquier antagonismo potencial (2001: 286), el cual muere en la medida en que es anulada cualquier demanda política situada al margen de lo institucional. Para ser anulada, la demanda no puede ser reprimida, pues ello implicaría una repolitización, sino que debe ser resuelta la causa que la origina. De la misma manera que Hegel –y más adelante, Marx–, establecía que solo el sujeto que adquiriera conciencia de sí mismo sería capaz de liberarse, la despolitización se dirige en sentido contrario: el sujeto pierde conciencia de su propia identidad diferencial, y por tanto de su relación antagonica con el otro. Por tanto, la *repolitización* consistiría en activar *de nuevo* una

autoconsciencia que diera lugar a una relación antagónico-discursiva. Sin embargo, para Laclau y Mouffe el individuo es producto de una serie de *sobredeterminaciones* que definen su identidad política; de afecciones culturales, psicológicas, sociales, etcétera, que van construyendo el sistema de creencias del individuo. Por tanto, las emociones y el inconsciente juegan un papel destacado en la atribución de significado de los conceptos –los significantes–, los cuales determinan toda la construcción del imaginario ideológico, dando lugar a la inevitabilidad de lo político. En cambio, los grandes discursos como el marxismo han ignorado este tipo de circunstancias al concebir las preferencias políticas como resultado de un proceso racional de toma de decisiones (Mouffe, 2016: 109). Es cierto que lo político, de acuerdo a la lógica amigo-enemigo, ha sido reinterpretado a otras esferas, más allá de la figura del Estado. La lucha de clases, por ejemplo, supondría una representación de lo político a nivel social, a una relación antagónica que, sin embargo, a juicio de Laclau y Mouffe, es insuficiente para construir un discurso que refleje la realidad social. En tanto que los procesos de identificación se construyen a partir de modelos simbólicos de representación, la clase social como sujeto político supondría una limitación para la construcción de grandes mayorías populares.

## 2.2. DISCURSO

Respecto del concepto de discurso, Laclau y Mouffe divergen de la diferenciación terminológica que establece Foucault entre lo discursivo y lo no discursivo (2001: 145), ya que entonces implicaría que existe una realidad perteneciente al discurso y otra que permanece ajena a él. Si bien es cierto que para Laclau y Mouffe existe una realidad externa al pensamiento, no es separable de éste último ya que siempre será interpretada por él. Así pues, un discurso es una interpretación de la realidad, en cualquiera de sus formas: tanto en lo hablado, como en lo pensado, como en lo escrito. Sin embargo, tal y como insisten en reiteradas ocasiones, discurso es también acción. El símil de todo el proceso de construcción de un muro que hacen alusión en *Hegemonía y Estrategia Socialista* ilustra muy bien el sentido del concepto. Tanto el muro en cuestión, como los elementos que forman parte de él, así como su proceso de construcción, forman parte del constructo discursivo (Laclau y Mouffe: 2001: 110-111). No es solo una mera articulación de bellas palabras, como diría Geras (1988: 57); es la significación que se le dota a una realidad determinada y que plantea cómo puede ser ésta definida.

Las respuestas que se ofrecen a partir de diferentes interpretaciones de la realidad más allá de la formulada por el discurso imperante desde las instituciones políticas – como pueden ser las medidas de austeridad económica como remedo a la crisis del 2008- constituyen la base de la repolitización, pero por sí mismas no son suficientes para ello: han de ser capaces de cuestionar las bases mismas de lo instituido; ha de haber una verdadera pugna entre lo instituido y lo instituyente. Un ejemplo ilustrativo de esta cuestión que plantean Laclau y Mouffe (2001: 104), es en la relación empresario-trabajador, la cual solo es antagónica en la medida en que existe una *lucha* –lo contrario sería una relación despolitizada, de *mera contradicción*–, una existencia donde la existencia de uno está puesta en amenaza por la del otro... y la cual solo es perceptible discursivamente. Es decir, solo en la medida en que el trabajador adquiriera conciencia de dicha opresión –harto conocida en el marxismo

como *conciencia de clase* y tuviera lugar una confrontación real, de lucha, donde se desafíe la base misma de la relación, tendría lugar una relación antagónica. De este modo, la confrontación política consiste en un conflicto de *interpretaciones* de una realidad concreta, no de intereses objetivos (Laclau, 1993: 134).

### 3. HEGEMONÍA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Sin embargo, Geras plantea una cuestión. El marxismo, al concebir la realidad como objetiva, asume que la confrontación discursiva con otras ideologías supone una confrontación de intereses sociales o económicos. Por tanto, reducir la lucha de clases a una mera cuestión de interpretación subjetiva es negar una realidad tan material como la opresión de clase. Sin embargo, lo que Laclau y Mouffe advierten es que quien determina si está o no oprimido es siempre el individuo de acuerdo a su sistema de creencias y juicios morales respecto a una realidad concreta. Por ello, cuando afirman que no existen esencias (2001: 5), lo que afirman es la imposibilidad de acceder a una realidad objetiva *que pueda percibirse como tal*, aunque sí reconocen la existencia de una realidad objetiva *previa* a ser interpretada, un *esse*.

Lo que Geras intuye, pero no consigue formular apropiadamente, es que si la confrontación reside en un nivel puramente discursivo, ignorando los condicionantes materiales, el discurso hegemónico sería siempre el más bello, pero no por ello el más verídico –si asumimos por *verdad* al menos aquellas argumentaciones que pudieran sustentarse en estudios científicos<sup>2</sup>– (1988: 57). No obstante, la crítica que realiza Geras en este aspecto es desafortunado, ya que al atribuir la realidad objetiva como algo fácilmente perceptible, transparente, y no como algo inevitablemente sujeto a la interpretación y el juicio moral, lo que critica es la falta de determinantes que *fundamenten* un discurso. En su lugar, Geras podría haber planteado un dilema interesante a través de la metáfora del terremoto al que recurren Laclau y Mouffe: lo que un terremoto pudo ser interpretado en otros tiempos como un castigo divino, hoy es un fenómeno geológico (2001: 182). Sin embargo, *¿Qué ha determinado la hegemonía* de un discurso sobre otro? *¿No podría considerarse aquí que existe una correlación de fuerzas mediadoras que condicionan la hegemonía?* No se trata pues de señalar la injusticia moral que podría suponer el hecho de que el discurso dominante no corresponda con la interpretación más acertada. La problemática reside en qué elementos materiales han hecho posible la hegemonía de un discurso. Considerar que todo se reduce a una mera confrontación discursiva, ignorando aquellos factores que condicionan dicha confrontación, no es más que una burda ingenuidad. Recordemos la insistencia de Laclau en afirmar que toda realidad es *objeto de discurso en la medida en que no hay objetos al margen de las condiciones discursivas necesarias para su surgimiento*. (2001: 145), y sin embargo, obvia, o no le atribuye el suficiente protagonismo, a cómo la realidad puede afectar al propio discurso. Ejemplo de esta cuestión reside en la influencia de los grupos de interés y

---

<sup>2</sup> Sin embargo este planteamiento es desafortunado, ya que de acuerdo con Laclau y Mouffe – y en sintonía con otros autores destacados del pensamiento posfundacional como Lyotard-, los estudios científicos, en tanto que se presentan como datos empíricos, y por tanto, como objetivos, están inextricablemente sujetos a interpretaciones subjetivas, de modo que la validez de ciertas teorías científicas sobre otras también se basa en criterios de hegemonía.

de presión que influyen en los procesos electorales a través de la financiación de partidos políticos, o de los medios de comunicación que potencian determinados discursos en detrimento de otros. De la misma manera, ¿Qué elementos han dado lugar a situar como una cuestión de primer interés una determinada demanda, y no otra? Si tenemos presente esta cuestión, podemos profundizar con lo siguiente: dado que los grandes relatos son incapaces de abordar las nuevas problemáticas que emergen dado el carácter contingente de lo social, como solución, la propuesta de Laclau y Mouffe para la politización del discurso pasa entonces por atender a los antagonismos que *de hecho* ya existen en la esfera de lo social. Si la emergencia de las demandas están condicionadas por su visibilidad, su visibilidad dependerá de su transmisibilidad. Por ello, de la misma forma y debido al contexto, habrán antagonismos que dejarán de ser relevantes en determinadas circunstancias –como puede ser la lucha de clases en pleno auge del Estado de Bienestar-. El carácter precario de los antagonismos entonces se define por las circunstancias de la realidad política y social.

Si aceptamos lo analizado anteriormente, podemos advertir un cierto condicionamiento material, no ya tanto en la propia transmisibilidad del discurso, sino de la capacidad de repolitización del mismo. ¿Acaso tales demandas sociales no se asientan ya, implícitamente, bajo un discurso hegemónico del cual es imposible salir? ¿No puede interpretarse que tales demandas no suponen ningún desafío al discurso hegemónico preestablecido, sino que más bien emanan de él? Žizek (2000: 322-323) lo planteaba en los siguientes términos: atender a las demandas sociales que tienen lugar en el capitalismo, sin cuestionar la raíz que las origina, supone aceptar implícitamente las reglas de juego que tienen lugar en el campo en que operan tales luchas. Otra forma resaltable de observar esta cuestión es cómo aborda Laclau el carácter impredecible de las potenciales hegemonías discursivas. Cuando Aletta Norval le pregunta a Laclau acerca de cuáles podrían ser los elementos adecuados para articular un discurso hegemónico socialista en el contexto del fin del Apartheid en Sudáfrica, Laclau afirma que ésta no puede predefinirse, ya que entonces se recaería de nuevo en el principio esencialista de que una realidad social está fijada *a priori* (1993: 140-184). Dado que la confrontación política pertenece a la esfera de lo discursivo, pretender predecir cuáles son las condiciones objetivas de posibilidad de imponer un determinado discurso es, sencillamente, absurdo. Laclau comparaba tal tentativa con *preguntar a un creyente cuáles son las condiciones objetivas de posibilidad de la existencia de Dios* (Laclau y Mouffe, 1993: 119). No obstante, al no pretender predefinir a priori los condicionantes del éxito de un discurso concreto, Laclau además no se aventura en señalar los condicionantes generales que afectan al surgimiento o desaparición de un antagonismo.

Sin embargo, Mouffe concibe que el problema no reside tanto en la articulación discursiva, sino en una concepción de *democracia perfecta* que aspira a una transmisión transparente de la información a través de cauces institucionalizados. Sin embargo esto es incompatible con aquellas demandas que se ubican fuera de lo hegemónico. Esta concepción, defendida por autores como Bobbio, Giddens o Habermas, ha contribuido a generar una atmósfera de unanimidad. Para Mouffe, la democracia de consenso implica la consumación de un acuerdo fruto de un proceso racional que aspira a ser irrompible, y por tanto, la transmisión de la información

debe ser transparente. Este es el anhelo que comparte Habermas, y que sin embargo lamenta que solo sea una idealización. (Mouffe, 2016: 136-138). Como contraste, tanto Laclau como Mouffe asumen dicha falta de transparencia –del mismo modo que es absurdo hablar de manipulación- en la medida en que no es posible transmitir la realidad objetiva.

Por tanto, los medios de comunicación, así como las redes sociales, podrían inclinar la balanza a favor de cierta hegemonía. Durante los últimos acontecimientos políticos han ocupado precisamente un lugar predominante en cuanto a la generación de opinión pública. Habermas afirma que para una sana opinión pública es fundamental la descentralización de la información. Sin embargo, ello no garantiza la transparencia de la información transmitida, sino que podría dar lugar a ciertas distorsiones, desvirtuando otro de los puntos fundamentales de Habermas – una ciudadanía bien informada- (Mouffe, 1999: 10). Si bien la propuesta de Habermas podría quedarse descontextualizada dados los grandes avances comunicacionales y tecnológicos que hemos experimentado en los últimos treinta años, los medios de comunicación tradicionales aún ejercen una gran capacidad para determinar las preocupaciones sociales. Un ejemplo de ello puede verse en la cuestión de la inmigración. El conflicto contra el Daesh y la guerra civil en Siria generó una crisis humanitaria de enormes dimensiones ante las dificultades por parte de los Estados de Europa en acoger a los refugiados, cuyo énfasis ha generado un amplio debate político que en muchos casos ha derivado en oleadas de racismo y xenofobia<sup>3</sup>. Si concebimos entonces la política como una batalla discursiva ante una realidad determinada, los medios de comunicación son el condicionante principal para situar el objeto de debate público y visibilizar determinados antagonismos. Mouffe defiende por ello no solo la democratización de las instituciones ya establecidas, como sostiene Bobbio, sino además ir más allá de lo instituido, ya que solo así será posible generar una ciudadanía crítica y bien informada (Mouffe, 1999: 103-106).

En este sentido, internet podría configurarse como un actor capaz de desafiar al establishment discursivo –tomemos de ejemplo a *Wikileaks* o *Anonymous*-. Sin embargo, una mayor democratización informativa no supone una mejora en la calidad informativa. Tengamos en cuenta que las redes sociales, a diferencia de los medios de comunicación masivos, se adaptan y se dirigen a seguidores específicos reafirmando ciertas preocupaciones sociales y sistemas de creencias de acuerdo con el prisma ideológico de los receptores de información. Además, la multiplicación de las *fake news*, el empleo de *bots* falsos con el fin de visibilizar discursos y candidaturas a través de las redes sociales, así como para posicionar noticias o los *trending topics*, potencian la transmisión de preocupaciones sociales y discursos que resitúan el debate político en ámbitos muy concretos. El principal riesgo que ello conlleva es cómo afecta su impacto en las masas de población más despolitizadas, ya que son más permeables a las *fake news*. Un dato relevante es que un amplio porcentaje de votantes de Bolsonaro eran población joven con mayor predisposición

---

<sup>3</sup> TRILLING, Daniel. (2018). *Cinco mitos sobre la crisis de refugiados*. Consultado el 14 de Octubre de 2019, eldiario.es, en [https://www.eldiario.es/theguardian/mitos-crisis-refugiados\\_0\\_782522278.html](https://www.eldiario.es/theguardian/mitos-crisis-refugiados_0_782522278.html)

a la utilización de las redes sociales y a la recepción de noticias por medios alternativos a los tradicionales. De igual manera, Whatsapp ha sido uno de los protagonistas en las elecciones presidenciales brasileñas del año 2019, como medio de difusión de información paralela<sup>4</sup>. Otro ejemplo ilustrativo de este hecho ha sido la polémica que ha suscitado la labor de Cambridge Analytica al emplear métodos de captación a favor del Brexit en usuarios de Facebook potencialmente indecisos.

Por tanto, los efectos condicionantes que las redes sociales despliegan sobre sus usuarios están lejos de una emancipación informativa. Tal y como afirma Castells, *la comunicación es el espacio en el que se construyen las relaciones de poder*<sup>5</sup>. De este modo, la articulación discursiva quedaría condicionada por las demandas sociales que emergen a partir de los medios de comunicación y las redes sociales. Esto nos permite deducir entonces que, aquellos medios con más capacidad para transmitir determinadas noticias y debates, tienen aún una importante influencia a la hora de formar una opinión pública cuyas preocupaciones puedan ser proyectadas en la población. El problema teórico que genera, es que su articulación solo atenderá a los antagonismos más destacados por la opinión pública, mientras que otras demandas continuarán pasando desapercibidas.

#### 4. DEMANDAS CONTINGENTES ¿UN CALLEJÓN SIN SALIDA?

Retomando la pregunta de Žižek, si bien es cierto que Laclau y Mouffe plantean una teoría de la hegemonía del discurso como única respuesta viable ante el callejón sin salida que ha supuesto históricamente la crisis del marxismo, ésta responde en gran medida a la búsqueda de un proyecto cohesionado de izquierda capaz de dar respuesta a las demandas políticas y sociales de las últimas décadas. Lo que, en otras palabras, se traduciría a la incorporación de los Nuevos Movimientos Sociales a un nuevo marco teórico-político. Para Laclau y Mouffe, esta propuesta teórica se debe a la incapacidad del marxismo para adaptarse a estas nuevas tendencias que, o bien han sido agregadas torticeramente al tradicional discurso de clase, o bien, sencillamente, han sido rechazadas de plano de acuerdo con una línea política ortodoxa que no se corresponden con las demandas sociales en una época donde, a su juicio, la retórica de clase va poco a poco careciendo de sentido (2001: 14). No obstante, superar la clase como sujeto político tiene implicaciones relevantes en cómo abordar la crítica al sistema económico capitalista. *Superar* la lucha de clases, tanto para Meiksins-Wood como para Žižek, significaría anular la transversalidad del antagonismo de clase en pos de otras luchas más *acuciantes*, lo cual se traduciría en replantear el antagonismo de clase no como un antagonismo que afecte a las demás luchas, sino como *una lucha más*; una demanda sectorial que no pretende cuestionar el capitalismo, sino poner solución a sus contradicciones. Es por ello que una de las cuestiones más destacables que plantea Meiksins Wood es qué sentido tiene

---

<sup>4</sup> OLIVEIRA, Joana y ROSSI, Marina. (2018). *WhatsApp, el elemento distorsionador de la campaña en Brasil*. Consultado el 14 de Octubre de 2019, El País, en [https://elpais.com/internacional/2018/10/07/america/1538877922\\_089599.html](https://elpais.com/internacional/2018/10/07/america/1538877922_089599.html)

<sup>5</sup> CASTELLS, Manuel (2012). *El poder en la era de las redes sociales*. Consultado el 4 de Diciembre de 2019, Nexos, en <https://www.nexos.com.mx/?p=14970>



entonces el socialismo más allá de la clase si se desplaza al principal antagonismo que motiva la superación del capitalismo (2013). Aunque Laclau criticara del marxismo su tendencia a separar lo político de lo económico (2000: 298), al plantear los antagonismos como esferas diferenciadas –la económica (clase), por una parte, y la política (raza, género, orientación sexual, religión, etc.) por otra-, irónicamente recae de nuevo en dicha separación que le obliga a compartimentar las luchas. Por otra parte, y en respuesta directa a Žižek, Laclau cuestiona cuáles son las posibilidades de un discurso anticapitalista más allá de la crítica posmoderna (Butler, Laclau, Žižek, 2000: 208). Con ello entonces responde a la cuestión de Meiksins Wood: trata las demandas económicas como una esfera aparte, pero a partir del capitalismo, no al margen de él. ¿Cómo desafiar el neoliberalismo si la propuesta de Laclau pasa por articular un discurso que se limite a resolver los problemas que emanen de él, pero no a cuestionar su lógica misma? Recordemos su rechazo a la idea de emancipación al asumir la imposibilidad de cualquier sutura social (Butler, Laclau, & Žižek, 2000: 210). En consecuencia, no observa la posibilidad de exclusiones sociales radicales difícilmente resolubles, como sí comparte Balibar (2010: 89). Pero al plantear las exclusiones sociales siempre en términos relativos, no observa la posibilidad de acabar con ellas definitivamente.

Vista esta cuestión, el problema tal vez no sea solamente que Laclau asuma irremediamente que la esfera económica permanezca despolitizada, tal y como afirma Žižek, sino las consecuencias discursivas que ello supone. La crítica anticapitalista, dado su carácter transversal, atraviesa al resto de antagonismos, dotando de una mayor profundidad y cohesión al discurso. Al prescindir de él, o mantenerlo como una esfera *más* que sin embargo permanece despolitizada por el carácter contingente de lo social, corre el riesgo de activar una lógica de la diferencia y una pérdida de perspectiva global. Como ejemplo, las diferentes interpretaciones que pudieran surgir de una realidad determinada, como puede ser el hecho de que una actriz senegalesa sea despedida por estar embarazada, podría ser interpretada como una cuestión puramente sexista, o tal vez racista, cuando quizás entren en juego otros factores mucho más profundos que –además- hayan condicionado dicho comportamiento, como las lógicas de mercado. Es decir, al atender a las demandas sociales contingentes, condicionadas por los medios de comunicación y las redes sociales, éstas son atendidas en su más pura superficialidad, impidiendo a su vez abordar los problemas en un mayor grado de profundidad. Laclau sin embargo no está de acuerdo con este punto: todos los antagonismos pueden representar una amenaza contra el sistema, y no únicamente la lucha de clases. Sin embargo, tal y como él mismo reconoce más adelante, la izquierda, al focalizarse en las demandas culturales, ha abandonado la crítica económica. (Butler, Laclau, Žižek, 2000: 207-208). Laclau entonces recae en un problema teórico: asume que la construcción del discurso solo puede hacerse a partir de demandas desde el propio desarrollo interno del capitalismo, por lo que proponerse formular una crítica socialista –o al menos, anticapitalista-, así como la repolitización de la esfera de lo social, sería imposible. Ello requeriría de un planteamiento netamente normativo, algo a lo que Mouffe y Laclau se niegan a proponer puesto que acabarían recayendo en una contradicción teórica al fijar un *a priori*. En su lugar, se limitan a plantear la articulación de un discurso que sea capaz

de absorber las demandas concretas que dificultan una perspectiva más global, tal y como él reconoce (2000: 207-208). Llegado a este punto, no parece muy probable que la formulación de Laclau, sin una fundamentación teórica activa, sea capaz de plantear una propuesta discursiva capaz de repolitizar la esfera de lo social.

##### 5. ARTICULACIÓN DEL DISCURSO: ENTRE LO UNIVERSAL Y LO PARTICULAR

Si la propuesta laclausiana –con el permiso de Mouffe– pasa por desarrollar un proyecto político capaz de aglutinar las diferentes demandas políticas y sociales de una manera cohesionada, en primer lugar es primordial que tal articulación del discurso no se traduzca a una mera configuración de diversos intereses agregados. Hemos de tener en cuenta que la práctica articuladora de un discurso en torno a diferentes antagonismos, asume precisamente la especificidad de éstos, y por tanto una diferenciación entre ellos. Como Laclau y Mouffe (2001: 130) se adelantan en reconocer, las posibles relaciones entre elementos discursivos dentro del discurso como unidad pueden ser de *mediación* o de *articulación*, según si el carácter de dicha unidad trasciende o no al carácter contingente de sus momentos discursivos, respectivamente.

Para ello, es pertinente la construcción de un discurso el cual sea planteado de forma global, cuyo análisis de las problemáticas sean abordadas desde las diferentes perspectivas agonísticas de forma simultánea, y no paralela, como aparentemente sugieren Laclau y Mouffe. No deben contemplarse tales antagonismos como compartimentos estancos cuya resolución emerja única y exclusivamente de la dinámica propia del antagonismo en cuestión, ya que entonces generaría a su vez dos efectos perniciosos que acabarían con la propia lógica de la articulación discursiva:

- a) Por una parte, se recaería de nuevo en un esencialismo discursivo que Laclau y Mouffe pretenden evitar a toda costa, de modo que se entraría en una contradicción teórica, ya que la respuesta a su problemática reside en sus propias lógicas. Un ejemplo de ello se encuentra en la crítica que formula Laclau cuando indica que no todas las demandas sociales se elaboran *sólo* en términos de clase. Esta premisa sería cierta si no fuera porque tampoco todas las demandas sociales se elaboran sólo en términos de raza, género o nación, ya que para un correcto análisis de la cuestión sería necesario hacerlo de acuerdo a otros elementos que contribuyen a vislumbrar la problemática en toda su completitud.
- b) Por otra, construir una identidad a partir de significantes vacíos capaces de aglutinar diferentes demandas mediante un mero ejercicio sumatorio de particularidades, no garantiza la interacción ni la reciprocidad entre las diferentes demandas sociales en el proceso de articulación. La reivindicación de lo particular corre el riesgo de entrar en una espiral de la identidad cada vez más disgregadora, en busca de lo singular o lo específico, con el fin de ganar visibilidad de su propia problemática. Es decir, se politizan elementos que antes se encontraban integrados en un discurso más amplio al tomar

conciencia de su identidad<sup>6</sup>. Ésta es la lógica de la diferencia. Tal cuestión fue planteada inicialmente por Judith Butler (2000: 172), y aunque Laclau reconoció este riesgo, posteriormente no lo asumirá como una cuestión a resolver, sino como un rasgo inherente a toda construcción discursiva al asumir que ésta será siempre precaria y contingente.

Como podemos observar, la universalidad es necesaria para la construcción de un discurso cohesionado. Posteriormente, Laclau advertiría esta necesidad y afirmaría que la clave para el logro del momento discursivo se encuentra al alcanzar un equilibrio entre los elementos comunes (universalidad) y los elementos de divergencia (particularidad). No tener en cuenta estas consideraciones generan una problemática difícilmente resoluble, ya que entonces el discurso tejido a través de una pluralidad de demandas no interrelacionadas puede dar lugar a una situación de extrema fragilidad o de conflicto interno. De acuerdo entonces a la concepción democrático-radical de Laclau y Mouffe, si las luchas democráticas y políticas se definen por una pugna por la hegemonía del discurso, ¿Cabe a su vez que ésta tenga lugar en el seno del discurso? Podría deducirse entonces que, antes de alcanzar la hegemonía discursiva, quepa establecer una hegemonía dentro del discurso que desafiaría al pensamiento hegemónico interno. Si fuera así, es bastante plausible prever una potencial confrontación, por no decir la imposible conciliación, de los diferentes elementos constitutivos previos al denominado *momento populista*.

Aunque a priori pudiera parecer que tal premisa no tuviera sentido, ya que la construcción del discurso pasaría por tejer los diferentes elementos discursivos a través de la práctica articuladora, esta práctica concreta, y no la de mediación, precisamente es fruto de la consciencia de las evidentes diferencias entre articulador y articulado en un contexto social no suturado. Recordemos que, para Laclau y Mouffe, el discurso articulado no puede ser nunca predefinido, como sí lo es, por contraste, el discurso fruto de la mediación. Del mismo modo, Laclau y Mouffe tienen en cuenta esta necesaria interrelación, tal y como hacen al citar la reflexión que Benveniste hace del principio de valor de Saussure (2001: 144), cuando afirma el valor de necesidad de los elementos diferenciales dentro de un conjunto cerrado. La problemática que aquí remarcan es que, de acuerdo con esta percepción, ningún elemento externo puede ser explicado de acuerdo a los términos de dicho conjunto, puesto que el conjunto se presenta como totalidad cerrada.

No obstante, en obras posteriores, en la medida en que Laclau reconocerá la importancia de la universalidad en toda construcción discursiva, acabará por identificarla como un universal vacío llenado por una *particularidad hegemónica* (Butler, Laclau, Žižek, 2000: 55). En consecuencia, no sería descabellado prever potenciales disputas por la hegemonía que pudieran poner en riesgo la cohesión y coherencia interna del discurso, tal y como hemos observado en ciertas ocasiones en formaciones políticas de inspiración laclausiana.

---

<sup>6</sup> En estos últimos años están proliferando este tipo de debates al respecto. En este 2018, la publicación de Daniel Bernabé, *La Trampa de la Diversidad*, aborda esta cuestión, no sin polémica.

Sin embargo, aquí hay una cuestión relevante: Laclau y Mouffe reconocen que, dado el carácter contingente de toda articulación discursiva, la conversión de un elemento en momento nunca llega a ser completa. Geras hacía ver esta cuestión, al parecer, imposible de dar respuesta: ¿Cuándo un elemento se convierte en momento? Asumiendo esta insuficiencia permanente, podríamos pensar si el planteamiento de una unidad articulada discursivamente está compuesta siempre de elementos que nunca llegarán a convertirse en momentos, y por ende, nunca adquirirán su carácter interrelacional necesario para un discurso verdaderamente cohesionado, ni nunca acabarán de transformar la identidad diferencial de dichos elementos de forma definitiva. A pesar de que ello no deja de ser una construcción abstracta, en definitiva, nunca se despeja el peligro de potenciales confrontaciones inter-elementos -o inter-momentos- potenciales. Todo parece indicar, entonces, que la articulación de una unidad discursiva depende de la construcción del discurso en sí. Dicho discurso debe desarrollarse, precisamente, de acuerdo a la interpretación de una realidad determinada, y por tanto, atento a lo contingente, desde la perspectiva de todas las opresiones y antagonismos posibles.

El *universal vacío* constituye el cemento para la articulación de elementos, y por tanto, la solidez de dicha unidad dependerá del carácter cohesionador de su discurso. Por supuesto dicha solidez no puede regirse de forma monolítica, universalizante, o simplemente perdurable en el tiempo. De hecho, cualquier ruptura de un elemento discursivo atestigua precisamente el carácter contingente de dicha unidad discursiva, que demanda ser rearticulada permanentemente. Por tanto, no hay nada que garantice un equilibrio entre universalidad y particularidad, más allá de sus elementos integrantes.

Pero como Geras afirma, al superar las grandes estructuras narrativas sobre las que se asientan los discursos, la conformación del discurso solo puede ser caótica y carente de sentido. En los mismos términos reflexionan Butler y Žižek cuando se preguntan qué motiva a la constitución del universal vacío en sí (2000: 169, 321), o dicho de otra manera, de acuerdo a qué principios se articula un discurso, más allá de una mera construcción identitaria *contra algo*. Si Laclau y Mouffe reivindican la inexistencia de cualquier esencia, solo cabe la construcción discursiva *puramente* contingente, pero como ya hemos indicado, esto no es del todo correcto. Al reconocer la pertinencia de la universalidad, se muestran en contra de la contingencia absoluta. Lo que no consigue resolverse –y esta es la gran pregunta– es qué define dicha universalidad; de acuerdo a qué principios se establece un marco de articulación. Si el carácter cohesionador y contingente del discurso debe asemejarse al símil del junco, firme pero flexible, ¿En qué medida puede encontrarse dicha firmeza cuando toda base ideológica se ha desvanecido? Tal y como argumenta Geras, la universalidad no solo se constituiría como una fórmula de homogeneidad del discurso, sino como la lógica que dota de sentido y coherencia al mismo. ¿No tendría entonces más sentido que fueran las diferentes particularidades las que se articulan de acuerdo a un criterio concreto de universalidad? Si no, nos encontraríamos ante una comunión de elementos con concepciones contradictorias de universalidad que, sin embargo, se adscriben al mismo discurso a través un significativo vacío común del cual dependerían en exceso. Pongamos el ejemplo al que recurre el mismo Laclau (2018: 266-274): Perón se erigía como el significativo

vacío –o en este caso, significante amo- de un discurso que representaba a grupos políticos enfrentados entre sí. Para mantener un discurso mínimamente cohesionado, se vio obligado a desarrollar un discurso tan ambiguamente amplio -y por tanto, contradictorio- que acabó sumiéndose en su descomposición política. Balibar en este sentido valora positivamente el papel del líder como significante vacío y comparte el carácter abierto del universal laclausiano, pero lo concibe insuficiente para construir un movimiento democrático perdurable si no se inspira en unos principios positivos básicos (2010: 79). A partir de aquí es fácil detectar por qué la lógica de la equivalencia de Laclau no es traducible a la propuesta de igualdad de libertad de Balibar, cuyo carácter positivo contrasta con el carácter negativo o pasivo de la articulación de luchas ya existentes.

Por tanto, la falta de definición del universal, que para Laclau es una ventaja, para Geras es una debilidad, ya que la falta de un universal positivo solo puede desembocar en experiencias políticas efímeras. En la medida en que la identidad se construya negativamente, es decir, *contra algo*, su razón de ser tendrá sentido mientras exista dicho exterior constitutivo. En términos similares, un exceso de dependencia del discurso a un significante vacío que puede desaparecer o mutar podría desplegar la lógica de la diferencia en cualquier momento.

Por tanto, solo podemos observar la posibilidad de mantener un equilibrio meridianamente estable entre la universalidad y la particularidad si la universalidad está fundada en unos principios mínimamente sólidos y compartidos. De esta manera, para que un discurso sea articulado de forma perdurable, no debería construirse la universalidad sobre la particularidad, sino que más bien la universalidad debe flexibilizarse para que la lógica de la equivalencia pueda tener lugar en ella. No es una sorpresa que, para ello, podamos encontrar referencias en partidos de gran tradición histórica que han sabido adaptarse a las circunstancias según las demandas sociales vigentes, pero sin abandonar el poso de identidad histórica que les precede: el Partido Demócrata y el Republicano en los EEUU, el Partido Laborista en Reino Unido, el PSOE en España...

## 6. POPULISMO, UN RECIPIENTE VACÍO

Como propuesta teórica, la propuesta de articulación discursiva de Laclau y Mouffe no constituye tanto una línea de pensamiento, sino más bien un marco discursivo. Es decir, tal y como critica Geras, es un recipiente teórico que puede ser llenado por cualquier ideología, así como adaptarse a todo tipo de circunstancias socio-políticas, geográficas e históricas. El proyecto posmarxista o populista ha servido de ejemplo para los movimientos políticos de la izquierda latinoamericana, en todas sus variantes: desde la Venezuela de Chávez a la Argentina de los Kirchner, pasando por el Ecuador de Correa o la Bolivia de Evo Morales. Por supuesto que la experiencia de la izquierda latinoamericana ha servido de inspiración para otros movimientos políticos y sociales que han estudiado a fondo sus procesos a través de la lectura de los textos de Laclau y Mouffe, como ha sido el caso paradigmático de Podemos en España o Syriza en Grecia. No obstante también ha sido útil para ideologías diametralmente opuestas, que en muchas ocasiones han sabido leer correctamente las coordenadas de Laclau y Mouffe –o al menos, han coincidido en comprenderlas-

y han sabido dar respuesta a las acuciantes demandas sociales surgidas a raíz de la crisis de 2008 mediante propuestas políticas de recuperación de la soberanía nacional, entrelazadas con propuestas alternativas de gestión del sistema económico capitalista que, en muchas ocasiones, ponen en peligro la integridad del marco institucional democrático. Ello ha dado lugar a repetirse en múltiples ocasiones, así como en contextos políticos y culturales muy diferenciados, el auge de partidos políticos de extrema derecha populista. Este tipo de formaciones políticas, en muchos casos han conseguido implantar en importantes sectores sociales cuestiones tradicionalmente reclusas al fascismo, como el racismo o la xenofobia. Si el discurso fascista contribuyó a neutralizar la politización entre el pueblo y las élites a través de la desarticulación de las interpelaciones populares y de clase, el populismo de derecha sin embargo apela a las clases populares contra unas élites responsables de la pérdida de soberanía nacional y la cultura propia, a causa de la globalización y el multiculturalismo (1986: 158, 222-223).

Tales respuestas, las cuales emergen como dispositivo de emergencia para la recuperación de un bienestar económico perdido, acaban por trastocar los antiguos esquemas ideológicos. Un ejemplo ilustrativo de ello se encuentra en quien fue Pim Fortuyn, un antiguo líder de extrema derecha holandés que se declaraba abiertamente homosexual. A pesar de las clásicas contrariedades que ello pudiera suscitar, precisamente sus propuestas se apoyaban en el sostenimiento de los valores abiertos que caracterizan a la sociedad holandesa, a su juicio, en riesgo por la inmigración musulmana. Otro ejemplo mucho más reciente se puede encontrar en candidatos como Marine Le Pen en Francia o los Demócratas de Suecia de Jimmie Akesson, quienes abanderan un robustecimiento del Estado de Bienestar, tan característico de su cultura política reciente, a costa de la limitación de entrada de inmigrantes en sus respectivos países.

Sin embargo, tales premisas no son nuevas. La potencial emersión de un populismo de derechas ya fue vislumbrado por algunos críticos a Laclau. Geras se anticipaba a decir que si apostaba por desprenderse de toda la carga ideológica del marxismo al concebir la democracia como una disputa permanente por la hegemonía del discurso, pretender tejer un nuevo discurso a través de la articulación de las diferentes demandas fácticas de la sociedad es una propuesta que en realidad podría ser empleado por cualquier ideología, y no solo por la izquierda (Geras, 1987: 77-79). Cabe resaltar que, si bien podría considerarse a Laclau como uno de los más prominentes teóricos del populismo, no es ni mucho menos su principal ideólogo. Más bien concibió a partir de los regímenes populistas de Latinoamérica clásicos la principal referencia de estudio para la comprensión de la articulación hegemónica del discurso. Tales mecanismos no son entonces campo exclusivo de la izquierda ni mucho menos, sino que precisamente lo que propone Laclau es tomar tales dispositivos para que puedan ser utilizados por la izquierda. Por ello no pueden compartirse las observaciones que realiza Borón cuando insinúa que Menem aplicó las propuestas de Laclau. Más bien fue al revés: Laclau observa los actos discursivos de Menem y los identifica como propios de un neo-populismo (Martín Retamozo,

2017: 158)<sup>7</sup>, entre los que se encuentran Alberto Fujimori o Salinas de Gortari. En la actualidad, tal lógica política, además de haber desembarcado definitivamente en Europa y Estados Unidos, también han generado un gran revuelo con la victoria de Bolsonaro en Brasil.

## 7. CONCLUSIONES

Como hemos podido observar, los acontecimientos políticos más recientes nos han ofrecido la posibilidad de detectar qué debilidades padece la propuesta de articulación hegemónica del discurso de Laclau y Mouffe, lo cual nos lleva a futuros análisis acerca de cómo resolver tales contradicciones. Por lo pronto podremos concluir lo siguiente:

Que los planteamientos discursivos dispuestos a su articulación solo pueden emerger a partir de lo ya existente, y por tanto no puede permanecer ajeno a la realidad de la cual ya forma parte. Por tanto, desde la perspectiva populista de Laclau y Mouffe no es posible observar una profunda transformación social de carácter revolucionario. En consecuencia, el establecimiento de puntos nodales a partir de diferentes elementos discursivos que emergen desde el propio sistema capitalista, implica la aceptación implícita de las reglas de juego del campo socioeconómico en el que operan.

Que no podemos concebir lo político desde una lógica meramente confrontacional, sino que esta debe ser asumida por la ciudadanía como parte de una nueva cultura democrática en la que la transmisión del discurso nunca será transparente ni equitativo desde el punto de vista comunicacional. Pero precisamente por ello, al asumir esta falta de inequidad comunicacional, debemos asumir que la hegemonía del discurso tampoco se dará en igualdad de condiciones.

Que tanto la impredecibilidad de los antagonismos, así como la hegemonía de un discurso, viene determinada en gran medida por mediaciones, tales como los medios de comunicación. Por tanto, el debate político no viene dado al azar como insinúa Laclau, sino que viene condicionado por un entorno institucional y social que posee recursos materiales suficientes para ello.

Que por ello la batalla discursiva que tiene lugar entre diferentes perspectivas acerca de una misma realidad viene también mediada por dichos medios de comunicación, y no solo porque ellos condicionan el debate, sino que pueden ser desafiados por medios alternativos, todos con capacidad de afectar en cierta medida la opinión pública.

Que la propuesta de democracia radical sirva de mecanismo de protección de la propia calidad democrática solo puede tener cabida a través de la multiplicación de canales de información y de participación política, con el

---

<sup>7</sup> Esta identificación es recurrente en *La readaptación ideológica del orden neoliberal en el discurso menemista* (Fair, 2014).

fin de generar una ciudadanía más crítica y escéptica a los flujos de información. Sin embargo, actualmente nos encontramos en un impasse entre dos períodos, donde las redes sociales y los medios de comunicación coexisten y se condicionan mutuamente.

Que de acuerdo a la lógica articuladora del discurso la tendencia del mismo siempre será hacia su atomización –lógica de la diferencia-, a pesar de que Laclau y Mouffe buscan una cierta cohesión, salvo que se recurra a establecer una universalidad flexible capaz de proporcionar un discurso coherente y desde la completitud de perspectivas. Por tanto, a pesar del carácter precario del discurso, éste debe ser sólidamente interrelacionado, y no concebirse como una mera suma de elementos o intereses en torno a un significante vacío.

Por todo ello solo podemos interpretar los últimos acontecimientos políticos como un síntoma disruptivo contra una democracia del consenso que ha sufrido una *dislocación* a partir de una concurrencia de insuficiencias institucionales que han tenido lugar en diferentes latitudes prácticamente al unísono. No obstante, no parece que ello suponga un verdadero desafío al discurso hegemónico. Es cierto que estamos asistiendo a un auge de nuevos discursos de carácter populista, pero dada su naturaleza, reivindican formas alternativas de gestión de un modelo económico que, sin embargo, permanece despolitizado. El debate, parece ser, se encuentra en si es viable su sostenibilidad a costa de nuestra calidad democrática.

## BIBLIOGRAFÍA

- BALIBAR, Étienne. LACLAU, Ernesto. (2010). *Entretien avec et entre Étienne Balibar et Ernesto Laclau*, Rue Descartes, vol. 67, no. 1, 2010, pp. 78-99.
- BUTLER, Judith. LACLAU, Ernesto. ZIZEK, Slavoj. (2000). *Contingencia, Hegemonía, Universidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- ESTEVEZ, José Antonio. (1989). *La crisis del Estado de Derecho liberal: Schmitt en Weimar*. Barcelona: Ariel.
- FAIR, Hernán. (2014). "La readaptación ideológica del orden neoliberal en el discurso menemista". *Si Somos Americanos*, 14 (2), pp. 103-132.
- GERAS, Norman. (1987). "Post-marxism?". *New Left Review*, N°163, pp. 3-27.
- GERAS, Norman. (1988). "Exmarxism without substance: being a real reply to Laclau and Mouffe". *New Left Review*, N°169, pp. 34-61.
- LACLAU, Ernesto. MOUFFE, Chantal. (2001). *Hegemonía y Estrategia Socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACLAU, Ernesto. (1993). *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI.



- LACLAU, Ernesto. (2018). *La Razón Populista*. Madrid: Alianza.
- LACLAU, Ernesto. (1986). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- MEIKSINS-WOOD, Ellen. (2013). *¿Hacia una política sin clases? El postmarxismo y su legado*. Buenos Aires: Editorial RyR.
- MOUFFE, Chantal. (1999). *El Retorno de lo Político*. Barcelona: Paidós.
- MOUFFE, Chantal. (2016). *La Paradoja Democrática*. Barcelona: Gedisa.
- RANCIÈRE, Jacques. (1996). *El Desacuerdo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RETAMOZO, Martín. (2017). *La teoría del populismo de Ernesto Laclau: una introducción*. *Estudios Políticos*, N°41 (9), pp. 157-184.
- ZIZEK, Slavoj. (2001). *El Espinoso Sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.

